

La impronta renacentista en las letras catalanas: Latín y romance en los siglos XV y XVI

ANTONIO M. BADIA

Profesor Emérito de la Universidad de Barcelona. I.E.C., RABLB

1. PREÁMBULO

En principio, la lengua catalana se comporta, en los primeros siglos de su existencia, como cualquiera de sus hermanas las otras lenguas románicas. Un único rasgo parece singularizarla en medio de las demás, por lo menos de las que solemos llamar grandes lenguas. Es su situación de *lengua en contacto* con otra. Todos los romances vivieron una época de diglosia, por la que se observaba una distinción fija entre “lengua oral (= *romance*)” y “lengua escrita (= *latín*)”, hasta que se produjo el movimiento que alguien llamó “liberación del latín”. A partir del momento en que se empezó a escribir en romance, cada una de las grandes lenguas románicas, lograda esa integridad universal, describió una curva evolutiva propia, de acuerdo con su sistema expresivo peculiar. El latín, que conservó sus parcelas de uso (lenguajes jurídico, diplomático, filosófico, teológico, etc.), se iba empobreciendo y anquilosando, hasta el momento en que el mundo medieval redescubrió la antigüedad clásica.

Pues bien, para el naciente catalán, el contacto con el latín no fue sino un aprendizaje que pronto lo haría ducho y experto en ese trato constante con otra lengua. Y así surgieron sucesivamente los contactos con el occitano, con el aragonés y con el castellano. 1) Con el primero, por tres tipos de razones: estructurales (importancia de los rasgos lingüísticos que comparten catalán y occitano); históricas (consecuencias de los avatares comunes de la época condal) y literarias (el influjo de los trovadores provenzales sobre los poetas catalanes). 2) Con el aragonés, en la Corona catalanoaragonesa donde, no obstante la separación efectiva de lenguas, mucha gente se familiarizaba con la otra lengua geográfica, por circunstancias de la administración, o de política exterior o de empresas guerreras conjuntas, etc. 3) Finalmente, con el castellano: el Compromiso de Caspe, al decidir la entronización de la dinastía de los Trastámara en la Corona, señalaba un camino, lento, pero directo y siempre creciente, hacia el contacto entre catalán y castellano; de momento (en el siglo XV), éste

se circunscribía a los círculos de los hombres de letras y funcionaba en pie de igualdad, pero cien años más tarde, ya irreversible, trocó la primitiva relación de igualdad entre ambas lenguas en una simple supeditación de la catalana a la castellana (cf, más abajo, núm. 6, epígrafe 2, final).

Dentro de esta historia de contactos entre lenguas, vamos a ocuparnos ahora de lo que representó la irrupción del humanismo en la Península Ibérica, a partir de fines del siglo XIV. Sobre todo teniendo en cuenta dos características de la época renacentista: la exaltación de la lengua latina (seguida de la defensa de las lenguas vernáculas) y la llamada curiosidad universal (por la que a los hombres del Renacimiento les interesaba cuanto afectase al hombre y, por tanto, su lengua).

Es importante precisar que, en todo lo que sigue, vamos a centrar la atención en la lengua escrita (y predominantemente literaria), es decir, la que ha recibido las consecuencias de las mutaciones culturales, sin perjuicio de referirnos, siempre que convenga, a la lengua corriente y a sus modalidades habladas.

2. IRRUPCIÓN DEL HUMANISMO

El proceso evolutivo de la lengua catalana experimentó, bajo el reinado de Pedro el *Ceremonioso*, un cambio de rumbo que no haría sino ensanchar perspectivas y enriquecer posibilidades. En efecto, a fines del siglo XIV, una corriente de aire fresco y estimulante procedente de Italia empezó a sacudir por doquier las viejas estructuras mentales de la Edad Media. Aunque aparentemente se trataba de una reforma profunda de los estudios de latín y griego, en realidad esa tarea, lejos de circunscribirse al campo de la *filología*, condujo a un verdadero descubrimiento del mundo clásico. Se manifestaba así el *hombre nuevo*, libre de estorbos y atento a la persona, de la que pronto interesarían las actitudes, el pensamiento, la dignidad. De ahí el nombre y el concepto de *humanismo*, clave del Renacimiento¹.

A partir de 1380, la cancillería del reino de Aragón sufrió la gran transformación: hasta entonces, los funcionarios encargados de redactar los documentos reales siempre se habían sujetado al *cursus* de la retórica medieval. Pues bien, a fines del siglo XIV —y especialmente en el siglo XV—, incitados por el afán de revivir la antigüedad grecolatina, trabucaron su modo de trabajar: rompiendo moldes ancestrales, adoptaron una sintaxis ciceroniana y depuraron el léxico. Esta labor, que se hacía según los modelos renacentistas, sobre-

¹ Recojo aquí algunas ideas expresadas en mi artículo *Defensa i il·lustració de la llengua catalana a la fi del segle XV*, en "Revista de Catalunya", núm. 48 (Barcelona, enero 1991), 35-48.

salía por su magnífica realización, como lo prueban la personalidad y el prestigio de varios de los funcionarios que la llevaban a cabo, que eran al mismo tiempo escritores de prestigio reconocido. Es bien sabido que, en esta época de la cultura catalana, los hombres de letras tenían un notable ascendiente sobre las maneras escritas de la administración.

El ejemplo más elocuente nos lo proporciona Bernat Metge, en quien confluyen tres dimensiones típicas: 1) la de secretario real al servicio de la dinastía reinante (por más que en ciertos momentos perdiese su confianza); 2) la de un escritor esmerado y de estilo equilibrado (por cuanto latiniza la sintaxis y el vocabulario, sin, empero, rebasar los límites del buen uso), y 3) la del verdadero introductor del humanismo en la Península, con *Lo somni* (1399) (donde trata de temas mitológicos, plantea el tema de la inmortalidad del alma, etc.). En una palabra: Bernat Metge personifica el político astuto, el escritor de renombre, el funcionario conocedor de su oficio.

El papel de la cancillería, hecho realidad por esos curiales que tanto latín sabían, se acreció de modo considerable a partir del momento en que casi todos ellos empezaron a hacer largas estancias en Italia. Deslumbrados por las formas latinas, se lanzaron a cultivar el género epistolar, huelga decir que en la lengua sabía. Nuestros humanistas de los siglos XV y XVI intercambiaban largas epístolas, sólo por el placer de expresarse con finura y leer con solemnidad.

El influjo del espíritu humanista sobre las letras catalanas alcanzó el cenit bajo Alfonso el *Magnánimo*, rey de Cataluña y Aragón. A raíz de convertirse, además, en rey de Nápoles (1442), allí se instaló y se rodeó de hombres de letras catalanes, castellanos e italianos. Lorenzo Valla, Leonardo Bruni d'Arezzo, Antonio Beccadelli, entre otros, fueron protegidos suyos. En este clima, no pocos funcionarios catalanes adscritos al servicio del rey se impregnaron del espíritu que llenaba un mundo literario cosmopolita y enamorado de Roma y de Grecia, antes de reincorporarse a la cancillería de Barcelona. Más, todavía: en realidad, ese espíritu que ahora atribuyo a los secretarios reales era compartido por todos los hombres de letras del momento: el interés por la nueva cultura era universal.

3. EXALTACIÓN DE LA LENGUA LATINA

Es fácil de comprender que la apoteosis de la antigüedad clásica contagiara una euforia entusiástica a aquellas generaciones que aspiraban, por decirlo así, a *vivir en latín* y que por ello manifestaran un cierto menosprecio por las lenguas vulgares. Ahora bien, es obvio que este anhelo no podía realizarse al cien por cien, ni siquiera en los llamados humanistas *duros* (los que

sólo escribían en latín), quienes, después de todo, no dejaban de valerse de su propia lengua vernácula en las tareas ordinarias y en su trato con las personas. No, no era posible vivir sólo en latín. Había que hacer algunas concesiones a las lenguas usadas corrientemente. Pero se les exigiría ser tratadas con esmero, habría que dignificarlas, en cierta manera hacerlas partícipes de las cualidades que ellos atribuían a la lengua clásica (condición que daba por supuesto que por lo menos se conociera el latín). Juan de Lucena, nacido al parecer en Soria, y que había sido familiar de Eneas Silvio Piccolomini (el futuro papa Pío II), escribió una vez: “el que latín non sabe, asno se debe llamar de dos pies”².

Aun sin descender a este nivel de simplicidad y de franqueza, no es raro que los escritores le reprochen al romance su poca maleabilidad, cuando quieren expresar en él según qué conceptos y sobre todo cuando lo hacen objeto de sus traducciones del latín. Lo vemos en una traducción catalana de las *Paradoxa* de Cicerón (del siglo XV), cuyo autor tiene conciencia de la distancia que la separa del original: “ni la manera de parlar no u guia, ni el materno gènasi vulguar no u soporta”³. Si los traductores catalanes de Paladio y Boecio del siglo XIV se excusaban por la dificultad de entender o interpretar el original, los del siglo XV desconfían de la aptitud del idioma vulgar y se esfuerzan por acomodarlo al latín, buscando en su sintaxis la receta de salvación⁴. Estamos ante la primera actitud de los hombres del Renacimiento respecto a las lenguas vulgares, como la definió Rubió i Balaguer: de momento, deslumbrados por el mundo latino, se apartan con un cierto desdén de las lenguas vernáculas o se esfuerzan por elevarlas al nivel de las clásicas⁵. Esta posición es bien visible en los eruditos de los siglos XIV y XV.

Se quería, pues, dignificar las lenguas corrientes, *latinizarlas*, es decir: hacerlas un poco como el latín. En catalán existe un texto de hacia 1492, que es un claro exponente de esa actitud. Me refiero a las *Regles de esquivar vocables o mots grossers o pagesívols*, que se hallan en un manuscrito de la catedral de Gerona, escrito por Pere Miquel Carbonell, humanista, bibliófilo, historiador y archivero. Tuve ocasión de publicar este texto en el lejano año de 1960⁶ y, después de una pausa de cuatro décadas, en los últimos tiempos he reemprendido su estudio, sobre el que preparo un trabajo de conjunto.

² JUAN HURTADO y J. DE LA SERNA / ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA, *Historia de la Literatura Española*, 3.ª ed. (Madrid, 1932), 274.

³ JORDI RUBIÓ I BALAGUER, *Història de la Literatura Catalana*, I (Montserrat, 1984), 302.

⁴ J. RUBIÓ I BALAGUER, *Història*, I, op. cit., 302.

⁵ J. RUBIÓ I BALAGUER, *Història*, I, op. cit., 189.

⁶ A. M. BADIA MARGARIT, “Regles de esquivar vocables o mots grossers o pagesívols”. *Unas normas del siglo XV sobre pureza de la lengua catalana*, en “Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona”, XXIII (1950), 137-152 (edición del texto), XXIV (1951-1952), 83-116 (fonética del texto) y XXV (1953), 145-163 (morfología y sintaxis). Después de un silencio de más de cuarenta años, en los últimos tiempos he reemprendido el tema, sobre el cual preparo un trabajo de conjunto.

El texto nos recuerda el *Appendix Probi* (seguramente del siglo VI), una de las mejores fuentes para el conocimiento del latín vulgar. Se trata, en efecto, de un conjunto de 325 correcciones de lengua catalana, especialmente en defensa de una modalidad culta y elevada y oponiéndose al lenguaje vulgar o dialectal. Como es natural, hoy todos estos materiales son tomados en consideración en los diccionarios etimológicos, estudios de lexicografía y gramáticas históricas. Por más que no se refieran explícitamente a ella, las *Regles* están relacionadas con una conocida polémica sobre la calidad de la lengua, desarrollada en la Valencia de fines de mil cuatrocientos; en esta polémica se contraponían el habla de los *llauradors* de la Horta de Valencia y la lengua propia de los escritores, defendidas, respectivamente, por Jaume Gassull y por Bernat Fenollar. Sería exagerado pretender que esas discusiones caseras incidiesen en el grave mundo de los humanistas. La sociedad valenciana del momento, frívola y despreocupada, se complacía en debates sobre temas intrascendentes y estaba muy lejos de quienes abogaban por la latinización del romance.

Si hoy podemos relacionar esa polémica con las inquietudes que compartían los hombres cultos de media Europa, atentos a la dignificación del romance, se debe al barcelonés Pere Miquel Carbonell, compilador del mencionado manuscrito de Gerona⁷. Hay razones poderosas para creer que él, tras haberlas sustraído del medio localista valenciano, redactó y copió *manu sua*, en tres de los 281 folios de su manuscrito, el texto de las *Regles*. Éstas, acompañadas de poesías catalanas de varios autores, de muestras de epigrafía latina y de epístolas, asimismo en la lengua sabia, intercambiadas con humanistas de todas partes, no desentonan del conjunto del código, porque todo él rezuma un ambiente culto, sea en lengua latina sea en romance esmerado. Más, todavía: según reza el manuscrito, para la redacción de las *Regles* Carbonell contó con la colaboración de su primo Jeroni Pau, también barcelonés, pero que había pasado la mayor parte de su vida en Roma y era de los humanistas que sólo escribían en latín. Todo confirma que la intención y el contenido de las *Regles de esquivar vocables* concuerdan con los deseos de ennoblecer la lengua del pueblo que manifestaban los hombres de letras de fines del siglo.

Tampoco ha de sorprender que exista un paralelismo real entre esta posición (que caracterizaba a los humanistas del momento) y la de Antonio de Nebrija, sin duda el humanista por excelencia en el dominio de las letras castellanas de fines del siglo XV y el verdadero iniciador de los estudios gramaticales en la Península Ibérica. No en vano había publicado, ya en 1481, las *Introductiones in latinam grammaticam*, con el fin de extender la enseñanza de la lengua clásica. Aunque hoy sea conocido singularmente como el autor de la primera gramática castellana o española (1492), Nebrija la había concebido para facilitar el aprendizaje del latín y, en este sentido, se comportaba como un

⁷ Véase mi conferencia *Els humanistes i la llengua catalana*, en prensa en las actas del VII Coloquio de Estudios Catalanes en Norteamérica (Berkeley, junio de 1993), dentro de la serie de la "North-American Catalan Society" (= NACS), párrafos 4 y 5 (no cito por páginas por no haber sido publicadas todavía esas actas).

humanista típico de la época en que vivía. Al propio tiempo, no dejó de presentir que, redactada en castellano, su gramática también podría aplicarse a divulgar el conocimiento de esta lengua en los medios que se adwersen necesitados de ello. Hasta cierto punto, Nebrija se adelantó a plantear la polémica de las lenguas vernáculas (de que voy a tratar en el núm. 4).

Acabo de decir que Nebrija fue el pionero en el mundo de la gramática por lo que se refiere a la Península Ibérica⁸. En las tierras de lengua catalana, sus obras satisficieron las necesidades de eruditos y docentes. Las *Introducciones* fueron editadas, primero en Barcelona (1497) y en Valencia (1499), y luego otra vez en Barcelona en 1505, esta vez con ejemplos y correspondencias en catalán. En cuanto a Portugal, el evidente influjo de Nebrija se ejerció a través de gramáticos del país, como fueron, de momento, Fernão de Oliveira (1536) y muy especialmente João de Barros (1539-1540), quien escribió una verdadera gramática sistemática del portugués.

4. REHABILITACIÓN DE LAS LENGUAS VERNÁCULAS

En realidad, las actitudes de Pere Miquel Carbonell y de Antonio de Nebrija (y otras que podríamos añadir) indican que a fines del siglo XV las cosas habían empezado a cambiar. Ya no se sentía tan vigorosa la necesidad de concederle al latín una supremacía absoluta. Así, al menosprecio por las lenguas vernáculas, típico de la primera época del humanismo (hasta fines del siglo XV), fue sucediendo un creciente sentimiento de aceptación de esas lenguas, hasta llegar a atribuírseles el mismo rango que el latín y aún a preferirlas a éste mismo (posición que en el siglo XVI fue general, como veremos).

¿Cómo se explica este cambio de actitud? ¿Por qué el desdén por el habla vulgar se tornó en orgullo de expresarse en ella? Responder a esta pregunta requeriría un espacio y un tiempo de los que no disponemos aquí. No dejaré, con todo, de apuntar algunas realidades que nos ayudarán a relativizar la situación y a comprender la razón de lo que, esquemáticamente analizado, podría parecer una sinrazón. No existió una transmutación tan radical en las ideas de los renacentistas sobre las lenguas vulgares.

De momento, cuando hablamos de los hombres del renacimiento, es preciso distinguir entre los humanistas *duros* (los que sólo escribían en latín) y los

⁸ Véase mi comunicación *L'empreinte de l'humanisme selon les langues et les cultures péninsulaires. Essai d'interprétation*, leída en el Coloquio "Du Moyen Age a l'époque de Gil Vicente (1196-1536). Colloque International a la mémoire du Professeur Luis Philipe Lindley Cintra" (París, marzo de 1995), párrafo 3 (tampoco aquí cito por páginas, porque la edición de las actas se halla todavía en preparación).

que, de espíritu más universal, y sin dejar de ser también buenos conocedores del latín, eran al mismo tiempo buenos escritores en romance. Los primeros se encerraban efectivamente en un círculo desde el que no hacían concesiones. Con todo, ahí está el ejemplo de Jeroni Pau, cuyas obras fueron todas escritas en latín (incluso un ensayo sobre su ciudad natal, que se titula *Barcino*) y que una vez, refiriéndose a su habla materna catalana, le aplica el epíteto de *rudi sermone*, pero que, en cambio, accedió a colaborar, a ruegos de su primo Pere Miquel Carbonell, en la redacción de las *Regles de esquivar vocables*; es decir, que también aquí habría que matizar. En cuanto a los segundos, que escribían tanto en latín como en romance, parece fuera de duda que no menospreciaban la lengua en que también escribían y que, en todo caso, lo que deseaban era su dignificación: verla usada con la pulcritud a que ellos mismos se obligaban al escribir en latín. Ahora bien, ni los primeros ni los segundos dejaban de valer-se de sus hablas maternas en familia y en la intimidad.

Hay que tener en cuenta otro aspecto. Todos los hombres de letras tomaban el mundo clásico como faro de orientación, pero solían hacerlo a través de Italia. Pues bien, mirar hacia Italia significaba poner la atención tanto en los autores de la antigüedad como en los del medioevo. Ya todo el mundo piensa en unas muestras indiscutibles, como son las grandes figuras del *Trecento* italiano: Dante, Petrarca, Boccaccio. Verdaderamente, no había contradicción entre dedicarse al latín o al romance. De esta forma todos iban preparándose a reconocer las dos opciones, sin que ello supusiera una jerarquía de valores.

Añádase que, a la base de esa aceptación por igual de los dos grandes vehículos expresivos (latín y romance), encontramos lo que se ha llamado la *curiosidad universal* de los hombres del Renacimiento: era posible que una misma persona, pongamos por caso el Marqués de Santillana, y siempre con la misma finura de espíritu, recogiese *Refranes que dizen las viejas tras el fuego* y escribiese los *Sonetos fechos al itálico modo*.

Los factores culturales mencionados coadyuvaron al cambio de mentalidad. En el fondo, toda la Europa humanista se movía con una sola mentalidad, liberada del peso medieval. Una Europa unida, ciertamente, en los grandes temas generales, pero al mismo tiempo diferenciada en sus aplicaciones concretas, porque los intelectuales insistían en las realidades inmediatas, entre las cuales pesaba mucho la diversidad de las lenguas. Visión general y consideraciones particulares justificaban la polémica que surgió en la primera mitad del siglo XVI, que se conoce como la *questione della lingua*. Siempre me ha parecido sintomático que, en un período que no llega al cuarto de siglo, los hombres de letras de los grandes dominios lingüísticos románicos se manifestaran al unísono, planteando el dilema crucial: ¿quién podrá más: el latín o el romance? Y: ¿son compatibles el interés y el estudio del latín y el interés y el estudio de las lenguas vulgares que de aquél se derivan? Así se expresan: en italiano, Pietro Bembo: *Prose della volgar lingua* (1525); en español, Juan de Valdés: *Diálogo de la lengua* (hacia 1535); en portugués, João de Barros: *Diálogo em louvor da nossa linguagem* (1540), y en francés, Joachim du Bellay: *Défense*

et illustration de la langue française (1549). Cuatro lenguas, pero un solo lenguaje; una sola y única respuesta, por supuesto afirmativa. Ni hay que decir que el planteamiento retrataba la segunda actitud de los humanistas respecto a las lenguas vernáculas. Después de una etapa en que todo el mundo se sentía deslumbrado por el latín, el espíritu del Renacimiento se impuso y provocó una inquietud universal en torno a todos los quehaceres humanos, y *a fortiori* a las lenguas particulares. El romance adquiría el mismo rango de que antes sólo gozaba la lengua clásica.

5. LA CONTRADICCIÓN DE LAS LETRAS CATALANAS

En esta reivindicación de las lenguas vulgares ante la supremacía que se había asegurado la lengua clásica hasta fines del siglo XV, sorprende el silencio del catalán. Por un lado, hemos constatado que el catalán se adelantó en la acogida del humanismo: lo asimiló pronto y a fondo; por el otro, tan pronto como aparecieron los frutos del gran cambio, quienes se manifestaron fueron los cuatro intelectuales que acabamos de enumerar (y lo hicieron en italiano, en castellano, en portugués y en francés). Del lado del catalán, receptor temprano del humanismo precoz del siglo XIV y propulsor generoso del humanismo maduro del siglo XV, nadie hizo sentir su voz en el XVI. ¿Por qué?⁹

Este proceso, a primera vista oscuro y desconcertante, queda aclarado si lo examinamos a la luz del fenómeno clave: la decadencia. Habitualmente decimos que el siglo XV señala la edad de oro de la literatura catalana antigua, gracias en especial a la notable aportación valenciana en esta época. Lo decimos porque es así, y todo el mundo sabe que la afirmación es correcta. Ahora bien, esta literatura, rica, variada y plétórica, de alta categoría y tomada en consideración por doquier, sostenida por una lengua madura y llena de posibilidades, cayó súbitamente en el vacío a comienzos del siglo XVI. Era una ruptura con respecto a todo lo que había sido hasta entonces. La mutación fue tan rápida, que ya no sabemos si nos sorprende más la magnitud del fenómeno o el ritmo veloz al que las cosas se precipitaron. Apenas cincuenta años habían transcurrido desde la muerte de Ausiàs March (1459) y de la redacción de la novela *Tirant lo Blanc* (empezada en 1460), y el panorama de las letras catalanas ya presentaba un aspecto sombrío completamente inédito y poco antes imprevisto. Nadie se extrañará por las consecuencias de semejante crisis: el tono y la calidad de la producción escrita descendieron, al parecer los escritores dudaban sobre el registro que correspondía a cada situación, diríase que perdían confianza en el verbo propio tradicional. En pocas palabras: un vago sentimiento

⁹ Cf. mi artículo *Defensa*, op. cit., 39-41.

les dominaba: aparentemente la lengua catalana ya no servía para determinadas manifestaciones del pensamiento, de la creación, de la erudición...

Quizás convenga hacer aquí algunas observaciones. Mejor dicho: insinuar ciertos hechos históricos íntimamente relacionados con la decadencia, cada uno de los cuales merecería un denso capítulo prácticamente independiente (y por eso renuncio a desarrollarlos), pero que de una forma u otra no pueden dejar de figurar en estas páginas (y por eso los hago objeto de breves alusiones concretas). Pienso sobre todo en los siguientes. 1) El hecho mismo de la decadencia. A medida que se ha ido conociendo mejor la literatura de los siglos XVI, XVII y XVIII, no han faltado voces en favor de substituir el concepto y la denominación de *decadencia* por otros términos (como *barroco*, *neoclasicismo*, *prerromanticismo*), ciertamente más ajustados a la realidad; sin embargo, nadie podrá negar la gran transformación operada a partir de 1500, y a ella me atengo (y más, presentando aquí un tema que sólo de soslayo se interfiere en la discutida cuestión). 2) Las causas de la decadencia. Tampoco aquí he de entrar en los detalles de tal fenómeno, que tanto ha hecho escribir a historiadores generales y a historiadores de la literatura. Me limito a dar en nota las mínimas indicaciones bibliográficas, para una primera orientación del lector, especialmente referidas al papel que pudo haber representado el humanismo en tan debatida cuestión¹⁰. 3) Persistencia de la lengua escrita. Aunque sin alcanzar los magníficos resultados de su época clásica, la lengua catalana no dejó nunca de producir textos, tanto literarios como no literarios; conviene tenerlo en cuenta, como matiz corrector de cualquier impresión en otro sentido, que podría sacarse de una lectura precipitada de ciertas fuentes de información (por otra parte no siempre incorrectas). 4) Vitalidad de la lengua hablada. La lengua hablada, mantenida tenaz y fielmente por generaciones sucesivas sin solución de continuidad, sería la simiente que daría frutos trescientos años más tarde (una fidelidad que siempre ha sorprendido a los observadores extranjeros, que no han dudado en afirmar que el catalán constituye un caso único en la sociolingüística universal).

Volvamos al Renacimiento. El contraste brutal que presenta la situación de la lengua catalana *antes* y *después* de 1500 justifica la ausencia de una voz catalana en el momento de plantearse la *questione della lingua*. Si catalanes, valencianos y mallorquines habían perdido la confianza en la lengua, ¿qué hubieran podido decir a propósito de ella? Justamente la tragedia de la cultura catalana está en el hecho de que, como ya señaló Jordi Rubió i Balaguer¹¹, no

¹⁰ Existe abundante bibliografía, que no puedo citar aquí. Me limito a una pequeña parte de ella, que se refiere a los aspectos más directamente relacionados con el tema de que tratamos aquí, y que reduzco a sus dos principales protagonistas. En efecto, véase, de momento, la polémica entre MARTÍ DE RIQUER (*Humanisme i Decadència en les lletres catalanes*) y JORDI RUBIÓ I BALAGUER (*Humanisme i Decadència?*), sostenida por ambos eruditos en las páginas de la "Revista de Catalunya", XIV (Barcelona 1934), 249-264, y XV (1934), 470-483, respectivamente. Además, sus otras aportaciones posteriores: de MARTÍ DE RIQUER, *Història de la Literatura Catalana*, III (Barcelona 1964), 574-658; de RUBIÓ I BALAGUER, *Història de la Literatura Catalana*, II (Montserrat, 1985), 7-77 y diversos artículos de *Humanisme i Renaixement* (Montserrat, 1990).

¹¹ JORDI RUBIÓ I BALAGUER, *Història*, I, op. cit., 189.

pudo vivir sino la primera de las dos actitudes del Renacimiento respecto a las lenguas vernáculas (que se mantuvo hasta fines del siglo XV), que era de simple preparación, y así perdió la ocasión de vivir la segunda (que, como hemos visto, se afirma ya empezado el siglo XVI), por la cual se reconocía la categoría de esas lenguas y todo el mundo se enorgullecía de expresarse en ellas. Nadie dejará de comprender que esos intelectuales no podían ponerse al lado de Pietro Bembo, Juan de Valdés, João de Barros o Joachim du Bellay.

6. LAS TRES OPCIONES LINGÜÍSTICAS DEL SIGLO XVI

Si los hombres de letras de las tierras de lengua catalana no habían podido intervenir en la polémica sobre la *questione della lingua*, no es difícil de comprender que se encontraban en una situación de grave desconcierto. Desconfiaban del valor que se pudiese reconocer a la lengua propia y se sentían desamparados e impotentes para darle nuevo vigor. Por otro lado, el evidente vacío que se produjo en la literatura catalana durante los reinados de Carlos V y Felipe II no se manifiesta en otros terrenos de la vida del espíritu (como la especulación, la enseñanza superior, la vida artística, etc.), ni a través de factores que a menudo condicionan los hechos de cultura, como sería, por ejemplo, una crisis económica). Pues bien, pese a la ausencia de factores negativos, la producción literaria en catalán no vive al compás de los tiempos y ni Cataluña, ni Valencia ni Mallorca pueden envanecerse de ningún nombre que, ni de lejos, pueda compararse con las grandes figuras de la literatura europea o de la castellana del momento¹².

Ante un panorama tan preocupante como el que acabamos de describir, a intelectuales y eruditos se les ofrecían tres vías de expresión, capaces de canalizar eventualmente sus creaciones, sus proyectos, sus inquietudes: 1) arrimarse al latín, que tanto habían defendido e impulsado los humanistas; 2) ceder al uso de la lengua castellana, que ya había iniciado un auge arrollador, o 3) guardar fidelidad a la lengua propia, aunque la empresa significase remar contra corriente. Examinémoslo.

1. El recurso al latín. La lengua latina, cuya enseñanza había sido objeto de una saludable renovación y que incentivó un interés universal por la cultura de la antigüedad, se cultivaba en el siglo XV, como hemos visto, con profusión y con perfección por los humanistas. Sin desmerecer la obra de los humanistas en el resto del occidente románico, descuella la que se desarrolló en las letras catalanas, por la fecha temprana de su adopción y por la intensidad de la

¹² J. RUBIÓ I BALAGUER, *Història*, II, op. cit., 8-11.

respuesta. Así, el siglo XV es la gran época del humanismo catalán, estimulado por los propios reyes de la Corona: Juan I, Martín el *Humano*, Alfonso el *Magnánimo* (el que más sobresalió en el empeño), Juan II y Fernando (luego llamado el *Católico*); pero también practicado por una verdadera pléyade de espíritus selectos, desde Bernat Metge a Antoni Canals y Roiç de Corella, con su *valenciana prosa*; son dignos de especial mención los que se dedicaban a las traducciones de textos clásicos y al intercambio de epístolas, desde el mismo Bernat Metge hasta Arnau de Fenolleda, Guillem de Copons, Ferran Valenti i Francesc Alegre. Se ha dicho que el cardenal Joan Margarit representaba la convivencia italo-catalana de la época del humanismo. Y junto a él hay que recordar a los ya citados Jeroni Pau y Pere Miquel Carbonell.

Este clima ofrecía, a quienes desconfiaban de su lengua catalana, la posibilidad de hallar en la lengua clásica una salida a sus inquietudes y a sus elucubraciones. Tal posibilidad se hizo más real mediante el influjo de Erasmo de Rotterdam, notorio en toda la Península Ibérica, con un acento específico en los medios eruditos catalanes. Destaca el grupo barcelonés de Miquel Mai (con Vicenç Navarra, Joan Morell, Rafael Joan), activo en el primer tercio del siglo XVI. Pero, a este respecto, merece una mención muy especial el País Valenciano, con los nombres de Pere Joan Oliver, Joan Gelida, Joan Martí Població y singularmente Joan Lluís Vives, uno de los más brillantes humanistas de la época, si bien de hecho se apartó de su ambiente, al exiliarse y establecerse casi fijamente en Brujas. Sus obras y su epistolario están todos en latín.

Ni hay que decir que todas estas actividades no iban más allá de núcleos selectos y reducidos. Escribirse cartas en latín no podía ser labor de todos. Además, a pesar de la floración latinizante de los humanistas, forzoso es reconocer que, cercana la segunda mitad del siglo XVI, y sin que en ningún momento faltaran admiradores de la antigüedad clásica ni traductores de latín y de griego, también esa cultura humanística catalana expresada en latín se desvaneció, como se habían desvanecido tantas otras manifestaciones de la vida del país.

Cuanto acabamos de decir sugiere que el recurso al latín, más que una alternativa a la desconfianza que inspiraba la lengua propia, era un espejismo de la crisis que ésta misma sufría. Parece probarlo el hecho de que el humanismo, que había alcanzado su punto más alto en el siglo XV (paralelamente al auge de la literatura en romance catalán), decayera también, como acabamos de ver, en el mismo siglo XVI (paralelamente al hundimiento de la literatura en romance catalán): todo lo más, este descenso del cultivo del latín se produjo con un desfase de medio siglo con respecto al del romance. Medio siglo de voluntariedad resistente, pero ya inútil. En realidad, pues, el uso del latín entre personas cultas no estaba desligado del uso del romance y no tardó en seguir su misma suerte.

2. La adopción del castellano. Ésta sí que fue la verdadera alternativa. La falta de confianza en la lengua propia tuvo múltiples manifestaciones. He aquí

algunas¹³. 1) La primera edición de las obras de Ausiàs March que apareció en Valencia (1539), publicada justamente por un valenciano, contiene la versión castellana de sus poesías. 2) Pere Antoni Beuter, que en 1539 publicó en catalán la primera parte de su crónica, la traduce en 1546 y ya prosigue su redacción en castellano, “porque es una lengua más común en España”. 3) Onofre Almudéver, en el proemio al *Procés de les olives* (1561), se queja “del olvido en que ha caído la tradición literaria y lingüística valenciana y de que alguien tildara la lengua de faltada de vocablos o fría en sí misma”. 4) En 1564, Rafael Martí de Viciana editó en castellano la crónica que había redactado en catalán. En la dedicatoria de otro libro suyo (1574), constata la preponderancia que tenía la lengua castellana en Valencia y da el toque de alarma; aunque se trate de un elogio de su lengua materna y de su nobleza, musicalidad y concisión, se excusa por “haber vertido esta obra de valenciana en castellana”, como hizo también con otras, “para hacerlas comunicables a muchas otras provincias”. 5) Narcís Vinyoles es quien se expresa más duramente en favor del castellano y contra su lengua materna; en el prólogo a una traducción, dice que la escribe en castellano, lengua que entre “muchas bárbaras y salvajes de aquesta nuestra España, latina, sonante y elegantísima puede ser llamada”. 6) El parecer de Vinyoles contrasta vivamente con el de Benet Girgós, quien, al traducir al catalán un libro de Martín de Ayala (1579), se expresa con más sosiego a propósito de las posiciones relativas del catalán y el castellano en Cataluña: “Encara que la llengua castellana par tan familiar en nostra provincia y molts pènsan entendrela y parlarla bé, totavia no passa axí sinó on hi ha concurs y pràttiga amb gent de aquella nació, o entre personas a qui's dóna poc per saber menys de la pròpia que de la agena. Fora de aquest nombre, molt major és el de aquells qui poc la entenen”.

Casi todas estas muestras, y aun otras que podríamos presentar, dan razón de la falta de confianza de que hablamos. Como vemos, la renuncia no solía hacerse sin reservas, excusas o lamentos (ordinariamente, por considerar el castellano más conocido, más usado).

La situación descrita por Rubió es propia del siglo XVI. Entonces la actitud favorable al uso del castellano se vio muy ayudada por el esplendor de la monarquía, que iba en aumento día tras día, y por la creciente admiración que aquella suscitaba en todas partes y en todos los medios sociales; esto, unido al alejamiento de la corte, ya efectivo antes de producirse el gran vacío. Es de notar que en la segunda mitad del siglo abundan las manifestaciones de *filipismo*; Martí de Riquer y Jordi Rubió han reunido varios testimonios, que me parece oportuno reproducir aquí¹⁴. 1) Pere Serafí firmó un contrato (1565) para la publicación de una Arte poética, en castellano y dedicada a Felipe II (obra hasta ahora desconocida). 2) Pons d'Icart se excusa por publicar en castellano

¹³ J. RUBIÓ I BALAGUER, *Història*, II, op. cit., 11-16.

¹⁴ Yo mismo había reunido estos testimonios en mi conferencia *La preocupació per la llengua entre els segles XV i XVI*, dada en Tarragona el 29 de abril de 1994, en prensa por la “Universitat Rovira i Virgili”.

(1572) su *Libro de las Grandezas de la ciudad de Tarragona*, expresándose así: “no porque tenga yo por mejor lengua ésta [la castellana] que la catalana, ni que otras, mas como sea natural del invictísimo rey Phelipe señor nuestro”. 3) Joan Pujol publicó (1573) un poema épico sobre la batalla de Lepanto (que contiene una carta de Pío V a Felipe II). 4) El canónigo de Urgell Jaume Bartomeu decidió escribir en “lengua española” su versión de Apiano, que dedicó a Felipe II (1592).

Pero lo que más retrajo a escritores y eruditos de Cataluña, Valencia y las Islas Baleares fue el impresionante esplendor de la literatura castellana. Su prestigio les deslumbraba, los dejaba atónitos, y se sentían tan impotentes para emular la literatura vecina en su propia lengua catalana como incapaces de expresarse en una inhábilmente adoptiva lengua castellana. Esta ingrata situación hace patente la ruptura de la tradición literaria en catalán. Consecuencia: Cataluña queda rezagada y prácticamente enmudece; Valencia más bien se incorpora a la literatura castellana. El signo es bien diferente en las dos regiones hermanas, pero el resultado es el mismo por lo que se refiere a la producción en lengua materna: desinterés y decadencia¹⁵.

La reacción de Valencia ha de explicarse por razones históricas bien conocidas. De hecho, el país ya era bilingüe antes de que pasaran a serlo sus poetas, situación que no se daba en Cataluña ni en Mallorca. Notemos que la contribución valenciana a la literatura castellana no fue nada menospreciable; bien al contrario: aunque aquí no hemos de hablar de ello, no puedo menos que recordar a Francesc Agustí Tárrega (1554-1602) y sobre todo a Guillén de Castro (1569-1631).

De cuanto hemos expuesto, una cosa queda patente: en el siglo XV, la lengua catalana había readquirido su vieja condición de lengua en contacto con otra, a la que ya se ha hecho alusión antes (núm. 1). Recordemos que allí aludíamos a sus varias situaciones: 1) romance de uso general, frente al latín, única lengua escrita, hasta que aquél se liberó de éste; 2) influjo político y literario del provenzal como lengua de ciertas élites y de la poesía; 3) relación política y administrativa con el aragonés de la Corte, y 4) inicio de un nuevo contacto, ahora con la lengua castellana. Ahora bien, ese fenómeno sociolingüístico aparecía, en un primer período, bajo la forma de coexistencia equilibrada entre hombres de letras catalanes y castellanos, y sin que afectara más allá de los círculos literarios; pero, después de 1500, los contactos entre estas dos últimas lenguas, hasta entonces en pie de igualdad, se trocaron en una relación de superioridad del castellano sobre el catalán. Esta situación ya no se perdería en el futuro, y llegaría hasta nuestros días.

3. El uso militante del catalán. Pese a todo, al margen del desvío hacia el uso del latín (en unos grupos selectos) y de la claudicación (resignada o libremente

¹⁵ J. RUBIÓ I BALAGUER, *Història*, II, op. cit., 9.

elegida) que supuso tanto renunciar a escribir como adoptar el castellano como medio de expresión escrita, no faltaron eruditos catalanes, valencianos ni mallorquines preocupados por la lengua enferma. Generalmente decimos que sólo hay un texto que se haga eco de esa inquietud de una manera digna: *Los col.loquis de la insigne ciutat de Tortosa*, de Cristòfor Despuig (1557)¹⁶. La obra se amolda a la estructura renacentista de los diálogos y se desarrolla alrededor de tres personajes, uno de los cuales (Lúcio) es el propio Despuig. Los dos restantes son Fabio (ciudadano tortosino) y don Pedro (caballero valenciano).

Podríamos sentir la tentación de situar los *Col.loquis* de Despuig en el mismo nivel que las obras de los humanistas citados antes (es decir, los cuatro portavoces de la polémica entre romance y latín). Y la verdad es que no dejaríamos de encontrar razones que lo justificaran. Recuerdo unos fragmentos del texto proemial del libro, que Despuig dedica al conde de Aitona. Allí el autor nos dice que ha decidido escribirlo en catalán, renunciando así a hacerlo en latín (lo que parece sugerir que su actitud coincide con la de sus predecesores). Ahora bien, su renuncia no es por una cuestión de principio (como se hubiera hecho en el calor de la polémica sobre si acudir al latín o al romance), sino que se produce como un hecho natural. Sí, con naturalidad dice que el catalán será el vehículo de su pensamiento. No tiene que razonarlo. Queda claro que la igualdad entre las lenguas vernáculas y el latín, de proclamación todavía reciente, había sido aceptada con todo, y ya no era motivo de discusión. Nótese que acto seguido Despuig precisa: si se hubiese inclinado a escribir su texto en latín, esto podía dar a entender que los lectores lo leerían como si fuese en catalán, pero, dado que esto no era cierto, él no quería engañar a nadie: la lengua latina no era “tan generalment tractada y entesa per los de nostra nació” como él quisiera. Creo que tenemos que ver aquí un rasgo de honestidad profesional.

En pocas palabras: por más que la obra de Despuig no sea extraña a la *questione della lingua*, al acometerla su autor deja bien claro que sus aspectos polémicos ya pertenecen al pasado. Desde este punto de vista, no sería justo añadir el nombre de Cristòfor Despuig a los de Pietro Bembo, Juan de Valdés, João de Barros y Joachim du Bellay (cosa que tampoco significa que no tenga nada que ver con ellos, como veremos en lo que sigue).

Además, a diferencia de lo que ocurre con éstos (que centran sus obras en el tema de la lengua), los seis *coloquios* de Tortosa tratan de temas muy variados, y sólo uno (el primero, por otra parte el más extenso y el más denso de contenido) se ocupa de asuntos referentes a la lengua catalana (pero compartiéndolos con una compleja problemática religiosa). Concretando, resulta que la parte que Despuig dedica a la lengua catalana no pasa de tres páginas impresas. Y esto es muy poco.

¹⁶ CRISTOFOR DESPUIG. *Los Col.loquis de la insigne ciutat de Tortosa*, edición a cargo de Eulàlia Duran (Barcelona, 1981). Cf. también mi conferencia *La preocupació*, op. cit. en la nota 14.

Una última observación, a propósito de lo que podríamos llamar cronología relativa de los *Col.loquis* tortosinos (texto que, como hemos visto, data de 1557). Los cuatro humanistas tantas veces mencionados escribieron sus libros en un período de tiempo que no llega a un cuarto de siglo (entre 1525 y 1549) y, por tanto, en significativa coincidencia de pareceres, que a su vez reflejaban sendos momentos fuertes en la historia de cada una de las lenguas afectadas. Despuig queda fuera de ese cuarto de siglo. Fuera, sí; pero tampoco tan lejos que no quepa relacionar su obra con las cuatro que la precedieron. Veamos. Cuando expone una línea programática sobre lo que se puede hacer con la lengua, Despuig escribe dos palabras clave: “Ilustrar y defender la naturaleza propia”. Y si digo que son la clave, es porque ambos verbos integran (curiosamente en un orden invertido) el título, ya citado antes, de la obra de Joachim du Bellay: *Défense et illustration de la langue française*. Este libro había aparecido en 1549, de modo que, cuando Cristòfor Despuig escribe sus *Col.loquis* (1557), sólo habían transcurrido ocho años. Ocho años que le permitieron reflexionar sobre el tema de la lengua y sus posibilidades.

En suma, en la confusión provocada por la creciente suplantación de la lengua catalana por la castellana, Cristòfor Despuig propugnaba una función noble para la lengua, ni más ni menos que los cuatro grandes renacentistas de la primera mitad del siglo. Así, si existen argumentos para no ponerlo en la misma línea de éstos, no faltan otros argumentos que nos lo muestran recogiendo la antorcha, para pasarla, a su vez, a las generaciones venideras.

Vista la historia posterior de la lengua catalana y su situación actual, resulta que la tercera opción lingüística del siglo XVI (el uso militante del romance catalán, la hemos llamado), por la que sin duda nadie hubiera apostado entonces, con el tiempo llevaría las de ganar. Remar contra corriente fue el signo de una lengua y una cultura, que no por vivir muy condicionadas dejaron de vivir y viven todavía en la actualidad.

7. PARA TERMINAR

No queda tiempo para plantear una conclusión con todos los requisitos. Ello no obstante, no es difícil imaginar la que se podría redactar, sobre todo si comparamos el bajo nivel de uso del catalán, como lengua escrita, a mediados del siglo XVI con la fuerza de la *Renaixença*, cuyo comienzo tradicionalmente se cifra en la *Oda [a la pàtria]* de B. C. Aribau (1833). La lengua no se perdería.

No. La lengua no se perdió. Ni siquiera se perdió en su modalidad escrita en los siglos XVII y XVIII, que cada vez conocemos mejor. Actitudes como

la de Cristòfor Despuig no faltaron en el siglo XVII. Y, en el XVIII (el período científicista y academicista por excelencia), esas actitudes se vieron sostenidas por varias instituciones, como la Junta de Comercio de Barcelona, las Academias (especialmente la de Buenas Letras de Barcelona, que aún existe hoy), etc.¹⁷.

A fines de ese siglo XVIII, empiezan a aparecer las gramáticas y apologías de la lengua catalana. Y, como digo, en 1833 irrumpe con vigor la *Renaixença*, al amparo del romanticismo.

Las aparentes soluciones de continuidad en el desarrollo de la lengua y de la cultura, que se producen a intervalos desde comienzos de mil setecientos, se salvan indefectiblemente por la adhesión firme y constante de los catalanohablantes, después de todo los verdaderos protagonistas de la lengua enferma. Gracias a ellos, el pletórico movimiento de la segunda mitad del siglo XIX se dobló, hacia 1900, de corriente política, con las primeras aspiraciones autonomistas. El resto ya es bien conocido. Pese a no ser una lengua de estado, el catalán, no sin graves problemas que afectan a su realización como lengua, hoy puede mirar hacia adelante con confianza.

¹⁷ Véase, en su conjunto, el tomo que dedicó ANTONI COMAS a la literatura catalana en el siglo XVIII, en la *Història de la Literatura Catalana* de MARTÍ DE RIQUER y ANTONI COMAS (cit. en la nota 10), IV (Barcelona, 1964). En su versión definitiva, esta obra también ha contado con la colaboración de JOAQUIM MOLAS (que ha dirigido los tomos que tratan de la literatura moderna).